

desprivar al otro y tener más parte y cabida con su príncipe, y amarle sin competidor (como lo hacen los que andan perdidos de amores); pero en lo que más se desvelan es en juntarse con aquel amor propio y ciego que tenemos todos los hombres, como dijimos, y es más furioso y vehemente en los príncipes, y ir con ellos al amor del agua y servir en todo á su buena ó mala inclinacion; porque, así como el agua de los rios toma la color de la tierra por donde pasa, y la sombra sigue su cuerpo, y las líneas no se mueven por sí, sino por el cuerpo cuyas líneas son, así el lisonjero se mueve con el príncipe, y como sombra sigue sus afetos y toma la color que ve en él.

Si el príncipe gusta de caza, ellos se hacen cazadores; si de música, músicos; si de amores torpes y livianos, ellos se los alaban y procuran; si es flojo y amigo de holgarse, dicen que aquello es ser rey, y que se descargue del trabajo con otros; si es cruel, que el príncipe debe ser temido; si quita las haciendas á sus vasallos, que todo es suyo; si quiere hacer alguna guerra injusta y peligrosa, que bien se ve que es hijo de sus padres y digno de tales y tan gloriosos príncipes sus progenitores, y con sus palabras y consejos más blandos que el olio atraviesan como con saetas los corazones de sus príncipes, como dice el real profeta David (1). Y siendo el Rey como una fuente pública de todo el reino, estos lisonjeros la inficionan de manera, que no pueda manar della sino ponzoña y corrupcion.

Por eso los atenienses tenían establecida pena de muerte contra los lisonjeros (2), y ellos son abominados de todos los santos y sabios, y tenidos por pestilencia de toda la república. Biantes dijo (3) que entre todos los animales fieros, el tirano era el más pernicioso, y entre los mansos el lisonjero. Demóstenes dice (4) que todas las adversidades públicas comunmente se deben atribuir á los lisonjeros. Pitágoras dice (5) que así como las malas mujeres desean y piden á Dios que dé á sus amigos salud, vida, hacienda y todo lo demás, si no es buen seso, para que no las dejen, así lo hacen los lisonjeros con sus príncipes.

Ciceron llama á la lisonja celo y ama de todos los vicios (6). Quinto Curcio escribe (7) que más veces los reinos han sido destruidos por la lisonja que por las armas de sus enemigos; y así, es cierta la caída de aquel príncipe que tiene abiertos los oídos á la mentira más que á la verdad, y á la lisonja más que al desengaño. Dion dice (8) que es peor el lisonjero que corrompe la verdad que el que falsea la moneda.

San Agustin dice que hay dos linajes de perseguidores, el uno de los que vituperan lo que hacemos, y el otro de los que lo alaban, y que es más cruel y dañosa la lengua del lisonjero que la mano

(1) Psalm. lrv. (2) Franciscus Patricius, *De Regn.*, lib. iv, tit. n. (3) Plut., *De differ. adulat. et amici.* (4) Philipp. ii. (5) *Apud Stobæum.* (6) *In Lælio.* (7) Lib. viii. (8) *Orat. iii, De la instit. del príncipe.*

del que persigue. Y san Jerónimo dice (9) que está tan extendida y arraigada la lisonja en el mundo, que el que no lisonjea es tenido por envidioso ó por soberbio, y que los filósofos definieron al adulador blando enemigo.

San Gregorio (10) llama al lisonjero langosta que roe y consume los frutos, y abeja que tiene la miel en la boca y hiere con el aguijon, y escorpion y alacran, que picando mata. Y otro sabio dijo que era peor caer en poder de los lisonjeros que de los cuervos, porque los cuervos comen á los muertos, y los lisonjeros á los vivos. Y otro dijo (11) que el lisonjero es peor que el falso testigo, porque éste engaña al juez, y aquél destruye la república.

Séneca dice en una epístola (12) que la lisonja es muy semejante á la amistad, y que no solamente la imita, sino que la pasa y vence, y que es recibida con gratos oídos y penetra hasta lo más íntimo del corazón, y con lo mismo que daña agrada, y que es cosa dificultosa el conocerla, porque es enemigo blando con fingida máscara de amigo. Y en otra epístola dice (13) que las palabras de los lisonjeros no pasan cuando se oyen, sino que asientan y pegan, y quedan por mucho tiempo en el corazón; y la razón da en otro lugar (14), porque aunque se desechen, da contento, y despues de haberse muchas veces resistido, á la fin prevalecen, y sujetan y rinden el ánimo del que las oye; y la causa es, porque son conformes á lo que el amor propio, que es aquel lisonjero interior que tenemos todos, falsamente nos persuade y predica de nosotros mismos. Siendo, pues, este mal tan natural en los hombres, y tan comun en los príncipes, y tan perjudicial para toda la república, y tan dificultoso de conocer y vencer, bien será que demos algunas señales para distinguir el lisonjero del verdadero amigo, lo cual harémos en el capítulo siguiente, con el favor del Señor.

### CAPÍTULO XXX.

Cómo se conocerá el falso amigo del verdadero.

Plutarco, filósofo gravísimo, escribió un tratado (15) para declarar en qué manera podemos conocer al verdadero amigo, y encarece mucho el daño que los lisonjeros de los príncipes hacen á la república, y dice que no habiendo cosa más dificultosa ni más provechosa que el conocerse el hombre á sí mismo (y que por esto tenían los antiguos por oráculo venido del cielo aquellas palabras: *Nosce te ipsum*, que quiere decir, concéte á tí mismo), los lisonjeros escurecen la lumbre que Dios infundió en nuestras almas, sin la cual no nos podemos ver ni conocer. También dice que es cosa muy dificultosa el conocer el falso amigo, que es el lisonjero, y distinguirlo del verdadero amigo y fiel; porque, aunque los intentos del uno y del otro son muy diferentes y contrarios, pero la manera de procurar-

(9) Hier., *epist. ad Demet.*, et lib. i, *contra Pelag.* (10) Greg., lib. xxxi, cap. xx, *Moralium.* (11) Dion., *orat. iii, De la instit. del príncipe.* (12) *Epist. xliiii.* (13) *Ibid. cxxiv.* (14) *In Præfati.* lib. iv, *natur. qq.* (15) *De diff. adul. et amici.*

### TRATADO DEL PRÍNCIPE CRISTIANO.

los y de mostrar amor al príncipe es muy semejante, y alguna vez en el lisonjero más aparente y eficaz.

La verdadera y sustancial diferencia de ambos está en esto, que el verdadero amigo ama con amor de amistad, y quiere bien á su amigo por lo que él merece, sin tener respeto á sí; el lisonjero no ama sino por su interese y por el bien que espera. El uno es amor honesto y de virtud, el otro útil y deleitable; y así, el uno persevera como verdadero amigo en la prosperidad y en la adversidad hasta la fin, y el otro, como dice Aristóteles (1), en faltando su interese, que es su fin, luego vuelve las espaldas y no conoce al que ántes adoraba; imitando á la golondrina, que está con nosotros y nos quiebra las cabezas con su canto mientras que dura el buen tiempo, y en viniendo el áspero y frio, luego desaparece y se va.

El verdadero amigo, cuando se trata de cualquier negocio que toca al príncipe, la primera cosa en que pone los ojos es en el bien ó en el mal que de aquel negocio puede resultar al príncipe y á la república; al lisonjero luego se le representa qué provecho ó qué daño le puede á él venir. El verdadero amigo desea y procura que el príncipe trate con los buenos, sabios y prudentes; el lisonjero no querría que ninguno destos tuviese entrada con él, y procura estorbársela, y desacreditar y poner en mala figura en los ojos del príncipe á los que lo son, para que ninguno le desprive ni pueda aconsejarle cosa que sea contraria á sus intentos. Como un mal pintor, de quien se dice que habiendo pintado muy mal unos gallos, hacia que un mochacho ojease los gallos verdaderos para que no llegasen adó estaban los pintados, y con esto no se echase de ver su poca arte é industria.

El verdadero amigo huelga que el príncipe haga mercedes á los que las merecen por sus servicios, y que sea amado de todo su pueblo, porque esto conviene á su reputacion y á la conservacion de su estado; el lisonjero todo lo quiere para sí, y tiene por perdido lo que se da á los otros, sin tener cuenta que su señor haga ó deje de hacer lo que debe, que sea amado ó que sea aborrecido.

El verdadero amigo procura servir y dar contento á su amo en cuanto le es posible; pero de manera, que cuando ve que conviene á su mismo servicio decirle algunas verdades, lo hace con modesta libertad; porque quiere más el provecho de su señor que darle gusto, y es como el buen médico, que desea dar gusto al enfermo, pero más su salud. El lisonjero es como el cocinero, que en el guisar la vianda no tiene cuenta con la salud, sino con el gusto del que la come; y por esto, á ninguna cosa atiende sino á decirle todo lo que entiende que le será sabroso, y apartar todo lo que de mil leguas le pueda desagradar, para mejor engañarle y persuadirle lo que pretende.

Y por esto dice el Espíritu Santo (2): «El hom-

bre que con palabras blandas y fingidas habla á su amigo, tiende la red para que caiga á sus piés.» Y san Bernardo dice (3): «La verdadera amistad alguna vez reprende, pero nunca lisonjea.» Y á un Foción, ateniense, respondió Antipatro, porque le pedia que hiciese cierta cosa injusta: «No puedes tenerme por amigo y por lisonjero.»

Está el lisonjero tan puesto en esto, que no solamente con las palabras, sino tambien con las obras, algunos procuran lisonjear á los príncipes (que es otro género de lisonja más poderosa); y así, dice Plutarco que porque el rey Mitridates se dió un poco á estudiar medicina, algunos criados suyos enfermos, por lisonjearle, se ponian en sus manos, para que como médico los curase y cauterizase, y entendiéndose con este hecho la estima que tenían de su arte en la medicina. Y aún escribe que él conoció á un lisonjero, que porque el príncipe repudió á su mujer, él tambien repudió la suya, aunque secretamente trataba con ella; porque no pretendia sino transformarse fingidamente en el príncipe y hacer todo lo que él pensaba que le podia dar contento.

Y otro lisonjero, viendo que á Filipo, rey de Macedonia, su señor, habian sacado un ojo en la guerra, comenzó á ponerse un parche en el ojo, para que el Rey creyese que él tambien tenía mal en aquel ojo. Mató el rey Alejandro por sus propias manos á su gran privado Clito, y cuando volvió en sí fué tanto el enojo que cobró consigo mismo, que de puro sentimiento se quiso matar. Un lisonjero, llamado Anaxarcho, le dijo que los antiguos sabios habian hecho á la justicia asesora de Júpiter, para dar á entender que todo lo que Júpiter ordenaba era justo; y con esta lisonja loca quiso persuadir á Alejandro que era otro Júpiter (4) y que todo lo que hacia era justo, aunque fuese la muerte arrebatada é injusta de su amigo. El verdadero amigo es siempre el mismo, porque mira siempre la verdad y la razón, y lo que está bien á su amigo; el lisonjero múdase con la mudanza del príncipe, porque va al sabor de su paladar.

Por esto dice Plutarco (5) que cuando el príncipe quiere conocer si uno es verdadero y fiel amigo, ó falso y lisonjero, debe alguna vez mostrar que le agrada lo que ántes le desagradaba, y que le desagradaba lo que ántes le agradaba, y que luego el lisonjero le dirá que tiene razón, y que ántes se maravillaba cómo tenía aquel parecer; y esto hará en cualquiera cosa, por mala y fea que sea; lo cual no hará el verdadero amigo, porque sabrá hacer diferencia de lo malo y lo bueno, de lo que le conviene al príncipe y de lo que le es dañoso. Y demas desto, aconseja Plutarco que el príncipe esté atento á lo que le dice su conciencia, y que cuando ella le reprende de lo que el lisonjero le alaba, entienda que aquélla es lisonja, y no verdad.

Finalmente, siempre el verdadero amigo se alle-

(3) *Epist. cxxlii.* (4) Arian., en la *Hist. de Alejandro*, lib. iv. (5) *Plut., in Alexandro.*

(1) Lib. viii, *Eth.*, cap. iii et iv. (2) *Prov.*, xxix. P. R.

ga a la razon, justicia y verdad, y el falso á lo que nos inclina la parte inferior y sensual de nuestra alma, á placer, entretenimiento y deleite, aunque sea repugnante á la ley de Dios. Y puesto caso que el amor y benevolencia del criado para con su amo, y del vasallo para con su príncipe, no se pueda llamar propiamente amistad, porque este nombre de amistad, para ser verdadera, pide muchas cosas, y gran comunicacion en el trato, bienes y voluntades de los amigos, todavía llamamos amigo verdadero en esta escritura al que, aunque sea criado, sirve á su señor con amor desinteresado y de verdadero amigo, y llamamos falso y lisonjero al que no tiene otro blanco en el servicio de su amo, sino su propio interese y pretension.

## CAPÍTULO XXXI.

De otras cosas que enseña la prudencia.

Todo esto enseña al príncipe la verdadera y sólida prudencia; pero otras muchas cosas le enseña, importantísimas y muy necesarias para el gobierno y conservacion de su estado; porque esta virtud, como dijimos, es la guía y maestra de todas las virtudes morales, y el nivel con que se deben nivelar, y la medida con que se deben medir y regular todas las acciones del príncipe, y por eso la virtud de la prudencia se extiende á todas las otras morales, y sin ella ninguna puede ser ni llamarse virtud.

Innumerables son las cosas que enseña la prudencia al príncipe cristiano, y sería nunca acabar si las quisésemos aquí todas referir; pero, ya que, por no alargarnos, dejemos muchas dellas, razon será que digamos algunas de las que nos parecieren más provechosas y necesarias para el buen acierto y gobierno del príncipe, sacadas de lo que varones sabios y experimentados escriben desta materia.

La primera cosa, pues, que enseña la verdadera y cristiana prudencia al príncipe es, que se conozca por hombre flaco y necesitado de la lumbré y favor del cielo, y que le pida á Dios, como dijimos que lo hicieron Moisés, Josué, David, Salomon y los otros reyes sabios y poderosos.

Tras ésta se sigue el consultar las cosas graves y dudosas con varones prudentes, y, como se dice, de ciencia y conciencia, y consultarlas con deseo de saber y seguir la verdad, y no por cumplimiento, y para que le digan los consejeros lo que el príncipe quiere y le agrada, y no lo que le conviene é importa.

Enseña esta misma prudencia á mirar atentamente, ante todas cosas, si lo que se trata es contrario á la ley de Dios, la cual debe ser el primero y más íntimo y familiar consejero del príncipe, como la tenía el rey David, que dice de sí: *Et consilium meum justificationes tuæ* (1); Señor, vuestra ley y vuestros mandamientos son mi consejo; quiere decir que así como el que tiene un amigo fidelísimo y cordial no hace cosa de importancia sin

(1) Psalm. cxviii.

consultarla primero con él, así David tenía la ley del Señor por su más íntimo y principal consejero, y con él registraba todas sus cosas ántes de hacerlas. Y cuando hay duda si es lícito ó no lo que se trata, si es conforme ó repugnante á la ley de Dios, la misma prudencia enseña á consultarlo con los teólogos, y personas que Dios ha puesto en su Iglesia para maestros y guías de los demas, y averiguarlo ántes de comenzarlo ó pasar adelante. Y aún algunos príncipes cristianos, y deseosos de acertar, suelen tener para semejantes negocios un consejo, que llaman de conciencia, en el cual solamente se trata lo que toca á la conciencia del príncipe, y á lo que está obligado á hacer, segun la ley del Señor.

Esta misma prudencia da luz al príncipe para conocer la que es verdadera y la que sólo es aparente utilidad; porque cuando el provecho que se le ofrece es conforme ó no contrario al honesto y á la virtud, le puede tener por verdadero; pero si es contrario al resplandor de la virtud, y tiene consigo alguna fealdad y vicio, sin duda debe juzgar que es falso y aparente, pues la verdadera utilidad no puede ser contraria á la virtud. Es ésta tan gran verdad, que hasta los filósofos y gentiles la conocieron y enseñaron.

Platon en un diálogo (2) introduce á Sócrates, que dice que debemos examinar nuestras acciones, y cuando se ofrece en lo que queremos hacer, alguna maldad, no se debe aún pensar, sino padecer la muerte y cualquiera tormento ántes que hacerlo. Y Ciceron dice estas palabras (3): «En ofreciéndoseos cualquiera materia de nuestro provecho, necesariamente nos mueve; pero si, considerándolo atentamente, halláredes que con aquella imágen y representacion de provecho está mezclada alguna fealdad y maldad, no paseis más adelante; pero entended que donde hay pecado, ahí no puede haber verdadera utilidad.» Y más abajo dice (4) que no se deben consultar las cosas desta calidad, porque el solo consultarlas es malo y afrentoso.

Y Valerio Máximo dice que donde hay vergüenza la codicia no puede tanto como la razon, y ninguna cosa se tiene por provechosa, que no sea honesta, y lo confirma con el ejemplo de los atenienses, que oyendo decir á Aristides que el consejo que daba Temístocles era útil, mas no era honesto, luego todo el pueblo á gritos dijo: «Si no es justo, tampoco será provechoso»; y mandó á Temístocles que no tratase más dello.

Regla también es de prudencia saber hacer diferencia de los negocios grandes y pequeños, de los que conviene que trate por sí mismo el príncipe, y de los que puede encomendar y fiar de otros, para que, pues no puede abarcarlos todos, se descargue de los menos importantes, como lo aconsejó á Moisés su suegro (5), y para gastar más tiempo en los más graves, y menos en los que no piden

(2) *En Crito.* (3) Lib. iii, *De Offic.* (4) Lib. vi, cap. v. (5) *Ezod.*, xviii.

tanta consideracion; y no menos para saber qué negocios á qué personas ha de encomendar, pues no todas son para todos.

No menos es regla de prudencia el conocer las propiedades é inclinaciones de los hombres con quien se trata, para saber dar á cada uno lo que le conviene; porque los mozos son más hábiles para negocios de brío y valor, los viejos más sazoados para los consejos, los pobres más fácilmente se dejan engañar del interese, los ricos y poderosos de la ambicion.

Regla asimismo de prudencia es conocer las propiedades, humores y condiciones de las naciones que el príncipe ha de gobernar, por ser muy varias, diferentes y aún contrarias; porque una pide severidad, otra blandura; una, que el príncipe no se domestique mucho con sus súbditos; otra, que sea más familiar; una podrá llevar cualquiera gran carga, otra no sufre la mediana y aún pequeña; y si el príncipe quiere llevar á todos por un rasero, y no acomoda su gobierno á la inclinacion de sus súbditos, tendrá gran trabajo y veráse muchas veces en peligro y aprieto.

De aquí nace otra regla de prudencia, que es dar contento á los pueblos, especialmente á los principios, cuando el príncipe comienza á reinar, y en las cosas razonables y honestas; que las que no lo son, mejor es no negarlas, porque no cobren aborrecimiento en el principio, cuando han de cobrar amor á su príncipe; pero tomar tiempo para considerarlas, y resfriar poco á poco los ánimos encendidos de los que las piden. Roboan, hijo de Salomon, perdió, de doce tribus de su reino, las diez, por haber respondido ásperamente al pueblo cuando comenzó á reinar, y por no haberle concedido lo que pedia, con lo cual le ganara la voluntad y se le hiciera esclavo para todos los dias de su vida, como aconsejaban que lo hiciese los sabios y viejos consejeros (1).

No es menos regla de prudencia mirar mucho la circunstancia del tiempo, sin la cual se hace muy difícil y aún imposible lo que con ella es fácil y llano. Y es cosa increíble cuán presto vuela y huye la ocasion, y las mudanzas que hay en todas las cosas humanas, y cómo no se puede tener por cierto y seguro sino lo que tenemos en las manos; y esto se experimenta aún más palpablemente en las cosas de la guerra, en la cual quien pierde punto, pierde mucho.

Y por esto los grandes príncipes, que la administran de lejos por sus capitanes, deben escogerlos sabios, valerosos, atentados y dichosos, y darles mano para que, por tener las suyas atadas, no pierdan la ocasion, y con ella las empresas, las cuales se deben consultar á sangre fria y ejecutarse á sangre caliente; y por esto dijo Salustio (2): *Antequam incipias, consulta; ubi consuleris, mature factu opus est*; ántes de comenzar, consúltalo bien; despues de haberlo consultado, ejecútalo con pres-

(1) I, *Reg.*, xii. (2) Salust., *in præm. in Cat.*

teza; el cual también es precepto de Isócrates (3), y aún de los sabios antiguos, como dice Aristóteles (4). Y para significar esto juntaban en uno la áncora con el delfin, y el dicho tan celebrado del emperador Octaviano Augusto, *Festina lente*, que quiere decir: date prisa despacio (5). Mas cuando se teme algun mal, lo mejor es dar tiempo al tiempo, que suele traer muchos accidentes que lo desbaraten y deshagan.

El mirar la coyuntura y sazón también aprovecha para disimular algunas cosas, por graves que sean y merecedoras de castigo, y guardarle para su tiempo; porque si se quisiese dar fuera dél, no se podría dar sin gran ruido y escándalo. Como nos enseñó el rey David cuando, por no turbar la paz de su reino, disimuló con Joab, que habia muerto á Abner y Amasá, dos príncipes grandes y poderosos; porque Joab era su capitán general, y emparentado y de muchos amigos, y por entonces tenía dél necesidad; pero mandó á su hijo Salomon que le castigase, porque ya no tenía Joab tanto poder, ni habria peligro de alborotos; y así lo hizo Salomon (6).

Regla de prudencia es prevenir los males y sanarse ántes que venga la enfermedad, que es más excelente género de medicina que el curarla despues de venida. Por donde el príncipe debe estar como en atalaya, siempre velando, para descubrir de lejos los enemigos. Y puesto caso que debe mirar siempre á la paz, y tenerla por blanco y fin de su gobierno, y excusar cuanto le fuere posible la guerra, por los daños que se siguen della, como adelante se dirá; pero ha de ser de manera, que la misma paz no le haga flojo y descuidado y menos apercebido para las cosas de la guerra; porque en un punto se pueden alterar y turbar, y no se pueden proveer tan presto las que son necesarias para la guerra, si en el tiempo de paz no están proveídas y prevenidas; y muchas veces el enemigo toma ocasion para hacer guerra por el descuido y seguridad con que en tiempo de paz está el príncipe su enemigo; la cual suele ser aún tanto más dañosa, cuanto el descuido es en cosa que más importa.

Esta prevencion y providencia es la más excelente por parte de la prudencia, y no se estima ni echa tanto de ver, porque no se ven los innumerables daños que con ella se excusan; pero es admirable, y tanto más, cuanto son menores y más ligeras las cosas que ataja, de las cuales pueden nacer grandes daños; porque de una centella se suele emprender un gran fuego, que abrasa y destruye toda la república; y cosas mínimas, que en sus principios tuvieran fácil remedio, despues, por no haberse atajado, traen consigo ruinas y pérdidas increíbles. Como la peña que se arroja de la cumbre de un alto monte, ántes de soltarla es fácil tenerla, pero despues que se deja de la mano, y coge vuelo, der-

(3) Isócr., *Orat. ad Demonicum.* (4) Arist., lib. vi, *Moral.* (5) *Aleiat.*, *Embl.*, 143; *Suet.*, *in vita Aug.*, cap. xxv. (6) III, *Reg.*, 1, ii.

riba y destruye todo lo que topa, y no se puede tener. Caton decia que con el cuidado y prevencion las cosas grandes se hacian pequeñas, y las pequeñas se deshacian (1).

Tambien enseña la prudencia al príncipe el medir bien sus fuerzas y las de su enemigo, y las dificultades y peligros que se le pueden ofrecer ántes que haga alguna empresa, para que no éntre en cosa que, segun las leyes de prudencia, no se pueda salir bien della, ni resistir con diez mil hombres al que viene contra él con veinte mil, como dijo Cristo, nuestro redentor (2).

Y tambien para que si dos príncipes quisieren hacer guerra entre sí, y cada uno por su parte procurare traerle á la suya, sepa lo que debe hacer, porque, si él tiene fuerzas superiores, podrá estarse á la mira y neutral, sin declararse más por la una parte que por la otra; pero si sus fuerzas fueren inferiores á las de cualquiera de las partes, debe considerar si le está bien tomar por enemigos á dos, que cualquiera dellos que venza le ha de tener por enemigo y hacerle guerra, ó si le estará mejor arriscarse y declararse por amigo de uno, y correr la fortuna con él.

No ménos enseña la prudencia que cuando se resuelve el príncipe de ayudar á su confederado y amigo, lo haga, si puede, de manera que sus ayudas lo sean de provecho y le saquen el pié del lodo; porque, si los socorros fueren flacos, por ventura no conseguirá el efeto que pretende, ántes gastándose tanto, y algunas veces más que si fuesen poderosos, perderá reputacion, y los amigos quedarán desobligados y aún quejosos, y los enemigos ufanos y más atrevidos, juzgando que ó le faltan fuerzas ó prudencia.

La misma prudencia enseña que cuando un príncipe trae guerra ó diferencias contra otro príncipe considere atentamente, no sólo las fuerzas de su enemigo, como dijimos, sino tambien su natural condicion y la de los consejeros y ministros que tiene cabe sí, por los cuales se gobierna; porque el considerar las fuerzas aprovecha para saber lo que podrá hacer, y el considerar su condicion y la de sus ministros para saber probablemente lo que hará; porque, como muchas veces se gobiernan los príncipes más por su gusto y inclinacion que por razon, suele ser más cierta conjetura de lo que harán, la que se funda en su inclinacion y costumbre, que la que mira lo que, segun prudencia, deben hacer.

#### CAPÍTULO XXXII.

Prosigue el capítulo pasado.

Es regla de prudencia en el príncipe no querer arrancar de un golpe las cosas que están muy recibidas y asentadas, aunque sean malas; porque la naturaleza no sufre repentinamente y extremadas mudanzas, sino irse poco á poco, pelando pelo á pelo la cola del caballo, que no se puede toda junta

(1) Plut., *Op. reip. gov. præcept.* (2) Luc., xiv

arrancar, como lo hizo Sertorio, y Horacio, poeta, enseña que se debe hacer.

Y porque importa mucho que el pueblo tenga grande opinion de la sabiduría y prudencia de su príncipe, para que le reverencie y obedezca con mayor prontitud y voluntad, tambien es regla de prudencia tomar el pulso á los negocios, y tentar el vado ántes de entrar en el rio arrebatado y furioso, y hacer las cosas de manera, que la gente cuerda y grave las tenga por acertadas; para lo cual, el Rey Católico don Fernando y el papa Paulo, tercero deste nombre, cuando querian hacer alguna cosa de que dudaban cómo se habia de recibir, la mandaban echar en el corro disimuladamente, no como cosa que se queria hacer, sino como cosa que se debia hacer; y viendo que la gente la aprobaba, la hacian, y con esta prudencia quedaba la cosa muy bien recibida y alabada, y ellos en reputacion de príncipes cuerdos y prudentes, como lo eran.

Tambien da reputacion de prudente al príncipe cuando de tal suerte tiene proveidas las cosas, que ninguna le sea nueva y repentina, y de magnánimo cuando las que lo son, por graves y tristes que sean, no le espantan ni turban ni descomponen.

Es otrosí regla de prudencia no descarnar la llaga hasta el hueso, ni curar con fuego y hierro lo que con unciones y remedios blandos se puede curar, ni tirar la cuerda de manera que se rompa, ni exprimir tanto que se saque sangre, ni apretar á los súbditos hasta lo último; porque los que están descontentos del gobierno presente siempre desean novedad, y si el descontento no pasa de descontento, aunque la aguardan, no buscan ellos ni dan la ocasion; pero si llega á desesperacion, siempre piensan en la mudanza del Estado, y la procuran, y maquinan contra él, aunque sea con peligro de sus haciendas y vidas.

Por esto es muy loable y saludable la moderacion en el príncipe, y el saber mezclar la blandura con la severidad, y pesar las cargas con las fuerzas de sus vasallos, y el gobierno con el tiempo, y si alguna vez usáre de algun castigo extraordinario y riguroso, conviene hacerlo con tal temperamento, que todos entiendan que no nace de crueldad, sino del celo del bien público, que fuerza á ello, y todo esto enseña la prudencia.

Esta misma prudencia enseña á conocer la variedad y vanidad de las cosas humanas, y más de las de la guerra, para no levantarse ni descuidarse por las prósperas, ni desmayar ni afligirse por las adversas, porque cada hora pueden suceder nuevos accidentes y varios sucesos, que levanten al caido y derriben al vencedor.

Enseña más á no medir los consejos por los sucesos, sino por la razon que hubo en ellos, y á no enojarse con el que dió el buen consejo, porque sucedió mal; porque los sucesos no están en nuestra mano, y los buenos consejos sí, y peor sería que el consejo hubiese sido malo y el suceso bueno, que no al contrario, bueno el consejo y el suceso

malo. Los espartanos nunca castigaban al capitán que habia peleado y perdido la batalla, sino al que peleó y no tuvo justa razon para pelear. Y los cartagineses daban la muerte al capitán que con mal consejo habia peleado, aunque hubiese vencido, porque no miraban el suceso, sino lo que por buena razon debia suceder (1).

Enseña á no hacer muchas leyes, porque los súbditos se cansan con la multiplicacion de las leyes, y los jueces son remisos en ejecutarlas si no les viene algun interese dello, y el príncipe pierde reputacion cuando sus leyes no son obedecidas, y por eso conviene que las leyes sean pocas y muy miradas, y que no se muden ni alteren fácilmente, y que sean guardadas con gran rigor, y para mover á los súbditos á la observancia dellas, que el mismo príncipe, que es libre y legislador, por su voluntad se sujete á su misma ley, y con su ejemplo incite á los otros á guardarlas; que por esto fué tan alabada aquella memorable palabra del emperador Teodosio, como dijimos arriba, cuando dijo que aunque él no estaba sujeto á sus leyes, se queria atar á ellas y guardarlas (2). Y con razon se llama el príncipe ley viva, no sólo porque tiene potestad para hacer la ley é interpretarla y dispensar en ella, sino tambien porque la ley por sí es muerta si él, como ánima de la ley, con su ejemplo no le da vida.

Enseña más esta misma prudencia á hacer de tal manera bien á uno, que por ello no venga mal á otro, y el beneficio de uno no sea injuria y agravio de tercero; porque, como el hombre se acuerda más de la injuria que del beneficio que recibe, es más pronto á vengarse de la injuria que á agradecer el beneficio; y así el que recibió la merced se olvida, y el que recibió la injuria se acuerda perpetuamente, y si puede, procura satisfacerse.

Enseña á mirar cuánto se debe fiar el príncipe del amigo reconciliado para no faltar de su parte á la amistad ni poner en peligro su estado y su vida. Y lo mismo digo de las personas á quien el príncipe hubiese hecho en algun tiempo alguna grande injuria ó afrenta, aunque sean criados; porque se han visto extraños casos, y que habiéndose olvidado el que hizo la injuria, no se olvidó el que la recibió.

Enseña á no tener por magnanimidad el emprender cosas de poca sustancia, y echar el resto en cualquiera empresa, sino medir las que tomáre con el provecho de la república y con la dificultad que tienen en sí. Y no ménos el no creer que es valor no volver atras de lo que una vez hubiere comenzado, cuando las cosas piden que el príncipe se retire y pierda la empresa por no perderse; porque, así como es flaqueza no ir adelante cuando lo pide la razon, así es temeridad no retirarse cuando la misma razon lo persuade; y la necesidad es un arma tan fuerte y poderosa, que no se le puede resis-

tir, y que excusa lo que sin ella no se podria excusar.

La obstinacion del duque Carlos de Borgonia, y el querer porfiar y continuar el cerco sobre Nansi, fué causa de su ruina; y en nuestros dias la de Lutrech sobre Nápoles, de la destruccion suya y de su ejército (3). Y al contrario, el grande Alejandro, habiendo estado cuatro meses sobre la ciudad de Tiro sin poderla tomar, no tuvo por flaqueza de ofrecerle que alzaria el cerco con las condiciones que la misma ciudad, antes del cerco, le habia pedido, aunque, como estaba ya soberbia y vana, no las quiso aceptar, y por esto se perdió y fué asolada (4). Y el marqués de Pescara, don Fernando de Ávalos, se levantó del cerco de Marsella, y hizo aquella bella retirada para Italia con su ejército, que él mismo estimó en más que todas las otras sus hazañas, con haber sido tantas y tan valerosas (5).

Enseña á hacer las cosas con tanta prudencia y consejo, que ninguno pueda con razon reprenderlas; pero si algunos sin ella lo hicieren, á no dárselo nada; porque el vulgo es bestia de muchas cabezas, y no puede saber las causas y motivos que tiene el príncipe para hacer lo que hace; y aunque los supiese, son tan diferentes los juicios del príncipe y del hombre particular, y la manera de entender las cosas del que las trata como artífice supremo, y del que las mira de léjos ó como manual, que no es posible que ambos tengan un mesmo concepto dellas. Y lo mismo que digo de los juicios, digo tambien de las voluntades, que debe el príncipe menospreciar cuando los malos y viciosos le aborrecen, porque le miran como á juez y fiscal de sus vicios, y procurar que los buenos y cuerdos le estimen; y entienda que es cosa propia de reyes, como lo dijo el gran Alejandro, hacer bien y ser murmurados (6). Y que, como el emperador Augusto escribió á Tiberio, su sucesor, no está la grandeza del príncipe en que ninguno diga mal dél, sino en que ninguno le pueda hacer mal (7).

Enseña á no poner en los grandes gobiernos sino á personas muy probadas y experimentadas, y á velar sobre ellas, porque hay mucho que desenvolver y conocer en el hombre, y como todas las cosas de la tierra se mudan, así se trueca y muda, y mucho más con el mando, el corazon del hombre. Y el que en algunos negocios dió buena cuenta de sí, no la da en todos; ni los buenos fines corresponden siempre á los buenos y loables principios. Por esto conviene que el príncipe vele sobre sus ministros, y más sobre los mayores, y aunque no crea todo lo que dicen, que oiga benignamente y con deseo de saber la verdad á los que se quejan dellos, y que procure averiguarla, para castigar públicamente al ministro si tuviere grave culpa, ó reprenderle secretamente si fuere ligera, y

(3) Comineo, en su *Hist.* (4) F. Guicciardo, lib. xix. (5) En su *Vida*, lib. iv, cap. xvi. (6) Plut., in *Apophth.* (7) Suet., in *Oct.*, cap. li.

(1) Alex. ab. Alej., lib. iv, cap. vi. (2) L. *Digna vox*, C. De Leg.

si fuere calumnia la que le imponen los que se quejan, para castigarlos ó reprimirlos, conforme á la calidad del negocio; porque cuando no se oyen las justas quejas de los vasallos contra los gobernadores, demas del cargo de la conciencia, los mismos gobernadores se hacen más absolutos, y los vasallos, viendo que no son desagraciados ni oídos, entran en desesperacion.

Y no ménos enseña esta misma prudencia á no dejar mucho tiempo en el gobierno al ministro de quien el príncipe tiene mala satisfacion, fundada en justa y probada razon; porque el dejarle es flaqueza y muchas veces conciencia, y el traerle disgustado es darle ocasion para que no acierte á dar gusto, y para que los súbditos no le obedezcan ni tengan el respeto que deben. Y por eso, ó se han de disimular las faltas si son ligeras, ó si son tan graves que lo pidan, quitar el ministro y poner otro, y darle la autoridad que conviene, porque esta autoridad es gran freno para que el pueblo le obedezca y él acierte en su gobierno, como lo hacia el emperador don Carlos V, de gloriosa memoria, el cual es alabado por la gran cuenta que tuvo en conservar la autoridad de sus ministros (1).

Enseña esta misma prudencia á escoger por embajadores hombres muy discretos y que sepan representar la grandeza de su príncipe, y tratar con valor y blandura los negocios que se hubieren de tratar, y dar fácil salida á las dificultades que se ofrecen, y ser más ángeles de paz entre los príncipes que atizadores del fuego, que muchas veces por una pequeña centella entre ellos se enciende.

Enseña en la eleccion del capitán general á tener más cuenta con la virtud y valor de la persona que con el linaje y grandeza de su casa; porque, como sabiamente dijo Leon, emperador, en aquel libro que escribió *De bellico apparatu*: «Así como nosotros para conocer el ánimo generoso de un caballo no miramos tanto de qué raza es, cuanto su talle, cuerpo y proporcion, y obras que hace, así para estimar la verdadera nobleza no se debe considerar tanto el resplandor de los progenitores como el proprio valor y virtud.» Aunque cuando ésta se junta con la sangre y estado, campea más, como el esmalte sobre el oro, y debe ser antepuesta á la virtud sola y desnuda, como en el capítulo de la justicia distributiva del príncipe declaramos.

Y asimismo enseña la prudencia que nunca se pongan dos cabezas en un ejército, entre las cuales pueda haber competencia; porque se han visto grandes daños y perderse las empresas públicas por el ódio ó envidia y emulacion particular de los capitanes. Un Dios gobierna el universo, un sol hay en el cielo, un rey en el reino, un padre de familias en cada casa, y un capitán general debe haber en cada ejército.

(1) Tarcagnot., part. III, lib. V.

### CAPÍTULO XXXIII.

Cómo se alcanza la prudencia.

Son tantos los documentos y reglas de prudencia que deben guardar los príncipes, que sería imposible escribirlas todas, y por muchas que se dijese, siempre quedarian muchas más que decir, y todas aprovecharian poco, si el príncipe no tuviese en sí la prudencia natural, y la que nuestro señor comunica á los que con humildad se la piden; porque cierto que la prudencia es don suyo, y cosa que se puede aprender mal, por ser tantos los particulares, y tantas y tan varias las circunstancias que el verdadero prudente debe considerar en sus acciones, para acertar, que no se pueden con ningunas reglas comprender, aunque algunas aprovechan, y las que aquí quedan referidas, y otras semejantes, no creo que serán dañosas.

Y si hay algun camino para aprender la prudencia acá en la tierra (demas de lo que arriba dijimos), creo que es no fiarse el hombre de sí ni de su prudencia, y tratar y consultar sus cosas con varones fieles y prudentes, y ir haciendo memoria de los sucesos de las cosas que cada dia pasan por él, y aun de las faltas que, como hombre, hace el príncipe, para que le sean de aviso y de escarmiento para no faltar, porque no hay cosa que más nos enseñe que la experiencia de lo que nosotros mismos probamos y tocamos con las manos, y en leer los libros de los que fueron prudentes, en los cuales se hallan muchos y muy provechosos avisos para el gobierno y conservacion de los estados. Y estos libros, torno á decir que debrian leer los príncipes con grande atencion y cuidado, porque, como son de autores ya muertos, dicen las verdades con llaneza y sin lisonja; lo cual muy pocas veces hacen los vivos, por más amigos que sean. Y este aviso dió el filósofo Demetrio Falerio á Ptolomeo, rey de Egipto.

Y Basilio, emperador, en una instruccion que dió al príncipe Leon, su hijo, le dice estas palabras: «No os sea pesado revolver las historias antiguas, porque en ellas hallaréis sin trabajo lo que otros con trabajo han allegado, y dellas sacaréis las virtudes de los buenos y los vicios de los malos, las mudanzas continuas de la vida humana, y la rueda y mutabilidad de las cosas, inestabilidad del mundo y las caídas apresuradas y miserables de los imperios; y para decirlo en una palabra, el castigo de los malos y el premio de los buenos y virtuosos, para que huyais las maldades de los unos y no caigais en las manos de Dios nuestro Señor, y os abraceis con la virtud y alcanceis los premios que la acompañan» (2). Esto dice aquel sabio príncipe á su hijo, enseñándole el provecho que podría sacar de la historia. Y el rey don Alonso de Nápoles es muy alabado porque se ocupaba en leer y oír leer las historias antiguas, y tenía en su casa grandes oradores y letrados (3).

(2) Lipsius, in notis, lib. I, De Rep., cap. IX. (3) Jerónimo Zurita, lib. XVI, cap. IV.

Quiero acabar este capítulo con decir que entre las otras reglas que da la prudencia, es una saber medir y poner tasa á la misma prudencia, porque hay algunos tan mirados y remirados, que revientan de prudentes y nunca acaban de determinarse en cosa que quieran hacer; porque, como se les ponen delante tantas razones por una parte y por otra, y ven tantos inconvenientes en el hacer y en el dejar de hacer, no saben salir de aquel laberinto; y puesto caso que ésta parezca prudencia, no lo es, sino falta de juicio resolutivo, firme y constante, que nace de la natural condicion y de un cierto deseo de acertar; porque la verdadera prudencia enseña que no hay cosa en el gobierno del príncipe sin inconvenientes, y que donde hay ménos es lo mejor, y da luz para ver dónde hay ménos inconvenientes, y fuerza para escogerlo y ejecutarlo; que por esto dijo el Espíritu Santo: *Et prudentie tue pone modum*; pon tasa á tu prudencia (1); porque, siendo ella la que da tasa y medida á las demas virtudes, no es justo que carezca de su medida y tasa. Y para que no falte á esta materia de la prudencia su tasa, la acabo yo aquí, para comenzar la de la fortaleza del príncipe cristiano, en la cual consiste la fuerza y nervios de la república.

### CAPÍTULO XXXIV.

De la fortaleza que debe tener el príncipe cristiano, y lo que enseña della Maquiavelo.

La postrera virtud del príncipe cristiano es la fortaleza, de la cual habemos de hablar en los capítulos siguientes; y digo que es la postrera, no porque tenga el postrer lugar entre las otras virtudes, sino porque es el sello y guarda de todas, y la que las tiene debajo de su amparo y defensa, y sin ella quedan desarmadas y desnudas. Pues la fortaleza es una arma y peto fuerte, y como dice Séneca, un bestion inexpugnable de la flaqueza humana, y yo la he dejado para la postre, por tratar más largamente della; porque, aunque la doctrina de Maquiavelo acerca de la religion es impia, y acerca de las virtudes del príncipe falsa y peligrosa, como habemos visto, la que enseña de la fortaleza es necia y desatinada.

Las palabras de Maquiavelo en que habla de la fortaleza son éstas, traducidas fielmente de italiano en castellano: «Pensando dónde pueda nacer que en aquellos tiempos antiguos los pueblos fuesen más amigos de la libertad que en éstos, creo que nazca de la misma causa que ahora hace á los hombres ménos fuertes, la cual pienso yo que sea la diversidad de nuestra educacion y de los antiguos, fundada en la diversidad de la religion nuestra y suya; porque, habiéndonos nuestra religion enseñado la verdad y el verdadero camino (estas y otras semejantes palabras suelen decir los políticos para mejor engañar), hace que estimemos ménos la honra del mundo; y como los gentiles la estimasen tanto y la tuviesen por su sumo bien, eran

sus acciones más feroces» (2). Y va probando esto con tres razones.

La primera, porque los gentiles usaban de muchos y magníficos sacrificios de animales llenos de sangre y terribles, y los hombres, mirándolos, se embravecian y se hacian semejantes á lo que veian; la segunda, porque la religion antigua no tenia por bienaventurados sino á los grandes y poderosos, á los capitanes de ejércitos y á los príncipes y señores; mas nuestra religion pone la felicidad en la humildad, abatimiento y pobreza; la tercera, porque, puesto caso que la religion cristiana quiera que seamos fuertes, pero más quiere que seamos sufridos que fuertes; y concluye con estas palabras: «Pues esta manera de vivir parece que ha enflaquecido y debilitado el mundo, y dádole como á saco á los hombres malvados, para que sin resistencia y con seguridad puedan hacer de él á su voluntad.» Esto es lo que enseña Maquiavelo de la fortaleza cristiana.

Pues para declarar mejor la necia impiedad y impia necedad deste malaventurado maestro de los políticos de nuestro tiempo, se ha de presuponer que, segun Platon, Aristóteles, Ciceron, san Ambrosio y otros graves autores, y toda buena filosofia, la virtud de la fortaleza de que hablamos, no es una cierta valentia ó fuerza corporal extremada, desmedida y espantosa, que tienen algunos hombres robustos, nervosos y de miembros recios y macizos, como la tuvo Hércules y Milon Crotoniátes y otros hombres de grandes fuerzas.

Ni tampoco es un ánimo osado y temerario, que tienen otros, que sin mirar si la cosa es justa ó injusta, honesta ó fea, debida ó indebida, si hay peligro ó no le hay, atrevida é imprudentemente se dejan arrebatar de un impetu furioso y loca temeridad, y acometen cosas de mucho trabajo y peligro, y la tienen por fortaleza, no siendo sino temeridad; que si ésta fuese verdadera fortaleza y verdadera virtud, tambien, y aún mejor, la pondriamos en los leones y en los tigres, y en la bada y otros animales feroces, que tienen mayores fuerzas y temen ménos, y con mayor denuedo y impetu acometen á su enemigo; pero hablamos de la fortaleza, que es virtud moral, y la que arma al varón fuerte para que resista al vano temor y modere la demasiada osadía, y acometa cosas dificultosas en que haya peligro de muerte, y sufra los asaltos y penas con valor y constancia; y todo esto cuando y como es menester, para gloria de Dios nuestro Señor y de su religion y de su patria. Esta tal fortaleza es la que llamamos virtud, y la otra que pinta Maquiavelo ni es ni se puede llamar virtud de fortaleza, sino una bárbara é inhumana fiereza. Esta verdad con sola la lumbre natural conocieron los gentiles.

Platon dice (3) que se hallan muchos de grandes fuerzas corporales, que son hombres injustísimos,

(2) En el II cap. del II lib. de los Discursos sobre Tito Livio. (3) Lib. XVII, in Protagora, sive contra Sophistas.

(1) Prov., XXXIII.